

Vacunas y autismo: por qué no están relacionados

Ante declaraciones del Secretario de Salud de EEUU y cambios en la información proporcionada en las páginas oficiales de dicho país, la Asociación Costarricense de Infectología (ACI) aclara:

La preocupación pública

Desde hace décadas surgió una gran preocupación entre los padres y la comunidad general ante la idea de que las vacunas pudieran causar autismo en los niños. Esta inquietud se originó a finales de los años 90, cuando se sugirió públicamente un posible vínculo entre la vacuna triple viral (sarampión, paperas y rubéola) y los trastornos del espectro autista. Muchos padres se alarmaron, pues la aparición de síntomas de autismo suele coincidir con la edad en que se administran varias vacunas infantiles. Sin embargo, desde entonces se han acumulado numerosas evidencias científicas que descartan cualquier relación causal entre las vacunas y el autismo. De hecho, hasta la fecha todos los estudios bien diseñados, en países desarrollados como Dinamarca y los mismos EEUU, continúan demostrando que las vacunas no están asociadas con el autismo.

El estudio de 1998 y el origen del mito

El temor a una supuesta relación vacunas-autismo comenzó en gran medida por un estudio publicado en 1998 por el médico británico Andrew Wakefield. Este pequeño estudio (con solo 12 niños participantes) afirmaba haber encontrado un vínculo entre la vacuna triple vírica que protege contra sarampión, rubéola y paperas (SRP) y el autismo. La publicación recibió enorme atención mediática y sembró dudas en muchos padres. Como resultado, a inicios de la década de 2000 cayeron las tasas de vacunación en varios países, incluido el Reino Unido y Estados Unidos, debido al miedo infundado al autismo – lo que condujo a un aumento preocupante de casos de sarampión y otras enfermedades prevenibles. En otras palabras, el verdadero peligro para los niños provino de la disminución de la vacunación, no de las vacunas en sí.

Con el tiempo, salieron a la luz graves irregularidades en el estudio de Wakefield. Investigaciones posteriores revelaron que los datos presentados eran fraudulentos y que el autor había actuado de forma poco ética (con conflictos de interés financieros y metodologías incorrectas). Doce años después, en 2010, la revista The Lancet tomó la medida extraordinaria de retractar por completo el artículo original de 1998, reconociendo que sus datos eran falsos. Ese mismo año, el Consejo Médico General del Reino Unido le retiró a Wakefield su licencia para ejercer la medicina. Hoy en día, la comunidad científica considera aquel estudio como un caso de fraude histórico. Sus afirmaciones han sido

totalmente desacreditadas, y múltiples investigadores independientes han refutado una y otra vez cualquier vínculo entre la vacuna MMR (o cualquier otra vacuna infantil) y el autismo.

La evidencia científica acumulada descarta la relación

Desde finales de los 90 hasta hoy, se han realizado decenas de estudios en todo el mundo - incluyendo grandes estudios epidemiológicos, análisis de miles de historias clínicas y seguimientos a largo plazo- para examinar si existe una relación entre la vacunación infantil y el autismo. El resultado uniforme de esta extensa investigación es que no hay ninguna asociación. Por ejemplo, un amplio metaanálisis publicado en 2014 combinó datos de más de 1,25 millones de niños de diversos países y no encontró ninguna diferencia en la incidencia de autismo entre los niños vacunados y los no vacunados. De igual manera, una revisión sistemática de la Colaboración Cochrane en 2020 concluyó que la cantidad de diagnósticos de autismo fue similar en los grupos vacunados y no vacunados.

Los científicos también han investigado componentes específicos de las vacunas que generaban preocupación, como el timerosal, un conservante que contiene una forma de mercurio. A pesar de los temores, los estudios demostraron que el timerosal no causa autismo, y de hecho este conservante fue retirado o reducido de la mayoría de las vacunas infantiles sin que ello haya afectado la incidencia de autismo. Asimismo, la vacuna triple viral (SRP) ha sido objeto de un escrutinio exhaustivo sin encontrar asociación alguna. La OMS y los CDC han sido enfáticos en declarar que las vacunas infantiles no causan autismo.

Las causas del trastorno del espectro autista (TEA) son **multifactoriales**. No existe una única causa; se trata de la interacción entre **factores genéticos** y **factores biológicos prenatales**. A lo largo de los años la definición de autismo ha cambiado y por eso ahora se habla de espectro porque abarca una amplia gama de comportamientos que antes no se consideraban como tal.

Conclusión: confianza en la seguridad de las vacunas

Después de más de 20 años de investigaciones y seguimiento, el veredicto científico es claro y contundente: las vacunas no causan autismo. La preocupación inicial se basó en un estudio fraudulento que ya fue rectificado, y desde entonces la evidencia acumulada no ha encontrado ninguna asociación entre la inmunización y los trastornos del espectro autista. Por el contrario, vacunar a nuestros hijos es una de las decisiones más seguras y beneficiosas que podemos tomar para proteger su salud. Gracias a ellas, millones de vidas se han salvado y numerosas enfermedades graves han sido controladas o eliminadas. Es comprensible que los padres quieran asegurarse de que están haciendo lo correcto; por eso es importante saber que las principales autoridades sanitarias mundiales respaldan la seguridad y eficacia de las vacunas.